

# PUEBLA: UNA ESPERANZA INSOBORNABLE

---

Con este número cierra SIC su contribución previa al inmenso debate sobre el papel de la Iglesia en América Latina suscitado por la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano a reunirse en Puebla el próximo mes de octubre. Todo el mundo intuye que algo muy importante está en juego.

Lo decisivo no es el texto que se vaya a aprobar en Puebla, sino este amplio debate previo y la discusión y reflexión posteriores basadas en lo que aprueben los obispos. De nada serviría si el encuentro fuera precedido y seguido de un gran silencio. El documento es válido en cuanto se hace vida en las comunidades. Millones de cristianos discuten, opinan y toman posición sobre las implicaciones que tiene el ser cristiano en nuestro continente. Y el saldo de ese amplio proceso va a ser indudablemente positivo y concientizador.

Aunque no sea aplicable a todos los clérigos, sí es verdad para la mayoría de la Iglesia lo que El Nacional y El Universal resaltaban de las declaraciones del Presidente del CELAM, cardenal Lorscheider: "PREOCUPA MAS A LA IGLESIA LA INJUSTICIA SOCIAL QUE LA PENETRACION MARXISTA"; "POR UN ANTICAPITALISMO SANO SE PRONUNCIARA CONFERENCIA DEL CELAM". Esto hace aumentar la esperanza de los oprimidos del continente y subir el temor de quienes quisieran seguir contando con una Iglesia dócil al servicio de sus regímenes de opresión, de sus rapiñas de tierras o de su explotación transnacional.

No es que las cosas en Puebla van a ser "blanco o negro". Habrá temores, resistencias y vacilaciones. Pero aún dentro de cierta ambigüedad que se va a mantener, habrá notables avances. Así lo manifiesta el clamor de miles de grupos de reflexión y trabajo y la responsabilidad cristiana de los obispos más destacados y de gran aliento evangélico.

No creemos sino en la Iglesia de Jesucristo, en la Iglesia de las bienaventuranzas que, desde los pobres y pobre y libre ella misma, puede invitar a la salvación y a la vida a toda la sociedad a condición de que se convierta y haga justicia al pobre y al oprimido. Nadie que no tome en serio estas raíces evangélicas de la Iglesia puede pretender ser considerado como cristiano. Nadie que anteponga el poder y el dinero a los millones de oprimidos y despojados del continente es seguidor de Jesús. Ahí estamos claros. Pero no nos debemos hacer ilusiones. En el curso de la historia se han filtrado en la Iglesia aguas contaminadas hasta desfigurar su rostro y convertir a veces en una especie de segunda naturaleza vicios propios del poder, del dinero y de los falsos honores. No pensamos en una Iglesia angélica, sino humana y por lo mismo con las naturales resistencias a la conversión. Pero aún así de Puebla saldrá una voz de esperanza, un espíritu más libre que recoja el testimonio reciente de los mártires cristianos asesinados por dictadores y terratenientes por haber hecho suya la causa de los perseguidos por la justicia.

Algunos episodios ocurridos en la preparación, sin duda lamentables y que desdichan de una Iglesia evangélica, y algún que otro acto bochornoso y triste en la propia Iglesia venezolana, no nos pueden oscurecer la visión optimista de una amplia participación popular en la discusión promovida por la más alta dirigencia del CELAM, aunque no siempre respetada por alumnos.

El camino hacia una Iglesia más evangélica, libre y comprometida es largo. Quienes no ven en la Iglesia más que un instrumento útil para su poder y dominio en nuestras sociedades tratarán de obstaculizarlo, pero creemos que la marcha aunque lenta será inexorable.

Hasta ahora hemos publicado nuestras posiciones e informado de otros países y grupos. En este número recogemos el documento del episcopado venezolano, del brasileño y algunos testimonios que expresan la esperanza despertada fuera de nuestro continente por este encuentro. En páginas blancas incluimos un artículo del P.J.C. Ayesterán que, aunque animado del mismo espíritu, no comparte los puntos de vista por nosotros expresados en números anteriores. Con todo ello el lector podrá formarse su propio criterio. Otros muchos documentos de gran interés han quedado por falta de espacio. Pero más importante que los documentos es el Espíritu que anima a tantos grupos y comunidades que unidos a sus obispos siguen trabajando por un servicio a los hombres desde el evangelio de Jesús: constituyen una Iglesia que evangeliza liberando y libera evangelizando, una Iglesia cuya fe hace justicia al hombre de nuestra tierra. ●